

perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos días, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundieronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento sesenta mil pesos, y aún más, y de plata más de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno según era. Al de caballo, doblado que al peón, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de montón lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al rey de su quinto más de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserrillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valía allende de esto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundición, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cerbatanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran peces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo ó lo más se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, según que después muy por entero diremos.

#### Cómo rogó Motezuma á Cortés que se fué de Méjico

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veía rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Motezuma, pues lo tenía á él preso, y tenía á su devoción á los de Tlaxcallán, á Coatelicamatlh y Tuchintlec, y sabía que los de Pánuco y Tecoantepec y los de Mechuacán

eran enemicísimos de mejicanos, y le ayudarían si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y más principal. Que magüer no asoló los ídolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacía á los clérigos y frailes que dijesen misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenían recio en su envejecida religión, ó porque los nuestros atendían á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. Él oía misa todos los días, y mandaba que todos los españoles la oyesen también, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Motezuma volvía la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo Narváez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contaremos por su orden. La vuelta de Motezuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fué de su tierra, si quería que no le matasen como los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y continuo que los suyos siempre le daban á que saliese de prisión, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él quería, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no quería ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazón á Motezuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacía, se iría. y no le hablaría

más, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. Él le decía que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaría que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataría. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haría grandísimo placer; ó se tenía de ir él ó los españoles, pues sembraban la fe cristiana, muy contraria religión á la suya, ca no se compadecían juntas entrambas. La tercera razón, y que no se publicaba, era, según sospecha de muchos, que como son los hombres mudables y nunca permanecen en un ser y voluntad, así Motezuma se arrepintió de lo que había hecho, y le pesaba de la prisión de Cacamacin, que algún tiempo quiso mucho, y que á falta de sus hijos, le había de heredar, y porque conocía ser como le decían los suyos, y porque le dijo el diablo que no podía hacer mayor servicio, ni sacrificio más acepto á los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos; y echándolos, que ni se acabaría en él la casta de los reyes de Culúa, antes se alargaría, ni dejarían de reinar sus hijos tras él; y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el deochoeno de su reinado. Por estas causas pues, ó por ventura por otras que no sabemos, Motezuma apercibió cien mil hombres tan secretamente, que Cortés no lo supo, para que si los españoles no se fuesen diciéndoselo, los prendiesen y matasen. Así que, con esto, determinó hablar á Cortés. Y un día salióse disimuladamente al patio con muchos de sus caballeros, á quien debía dar parte, y envió llamar á Cortés. Cortés dijo: «No me agrada esta novedad; plega á Dios sea por bien.» Tomó doce españoles, que más á mano halló, y fué á ver qué le quería ó para qué le llamaba, que no lo solía hacer. Motezuma se levantó á él, tomólo de la mano, metiólo en una sala, mandó traer asientos para entrambos, y dijole: «Ruégovos que os vais de esta mi ciudad y tierra, ca mis dioses están de mí mal enojados porque os tengo aquí; pedidme lo que quisiéredes, y dár-

voslo he, porque os mucho amo; y no penséis que os digo esto burlando, sino muy de veras. Por ende cumple que así se haga en todo caso.» Cortés cayó luego en la cuenta, ca no le pareció que le recibía con el talante que otras veces, puesto que usó con él todas aquellas ceremonias y buena crianza; y antes que el faraute acabase de declararle la voluntad de Motezuma, dijo á un español de los doce que fuese á avisar á los compañeros que se aparejasen, por cuanto se trataba con él de sus vidas. Entonces se acordaron los nuestros de lo que les habían dicho en Tlaxcallán, y todos vieron que era menester gracia de Dios y buen corazón para salir de aquella afrenta. Como acabó el intérprete, respondió Cortés: «Entendido he lo que decís, y agradézcovoslo mucho; ved cuándo mandáis que nos vamos, y así se hará.» Replicó Motezuma: «No quiero que os vais sino cuando quisiéredes, y tomad el término que os parezca; que para entonces os daré á vos dos cargas de oro, y una á cada uno de los vuestros.» Entonces le dijo Cortés: «Ya, señor, sabéis cómo eché al través mis naos luego que á vuestra tierra llegamos: y así, tenemos ahora necesidad de otras para nos volver á la nuestra; por tanto, querría que llamásedes vuestros carpinteros para cortar y labrar madera; que yo tengo quien haga naos; y hechas, nos iremos si nos dais lo que prometido habéis, y decidlo así á vuestros dioses y á vuestros vasallos. Contentamiento grande mostró de esto Motezuma, y dijo: «Sea así.» Y luego hizo llamar muchos carpinteros. Cortés proveyó de maestros á ciertos españoles y marineros; fueron á unos pinares, cortaron muchos y grandes árboles, y comenzaron á labrarlos. Motezuma, que no debía ser muy malicioso, creyólo; empero Cortés habló con sus españoles, y dijo á los que enviaba: «Motezuma quiere que nos vamos de aquí porque sus vasallos y el diablo le andan al oído; cumple que se hagan navíos; id con estos indios por vuestra fe, y córtese madera harta; que entre tanto Dios nuestro Señor, cuyo negocio tratamos, proveerá de gente y socorro y re-

medio, que no perdamos esta buena tierra; y conviene mucho que pongáis toda dilación, pareciendo que hacéis algo, no sospechen esos mal, para que los engañemos así, y hagamos acá lo que nos cumple. Vais con Dios, y avisadme siempre cómo estáis allá, y qué hacen ó dicen esos.»

**El miedo de ser sacrificados que tuvieron Cortés y los suyos**

Ocho días después que fueron á cortar madera, llegaron á la costa de Chalchicoeca quince navios. Las personas que por allí estaban en gobernación y atalaya avisaron á Motezuma de ello con mensajeros, que en cuatro días caminaron ochenta leguas. Temió Motezuma, de que lo supo, y llamó á Cortés, que no temía menos, recelándose siempre de algún furor del pueblo y antojo del rey. Cuando le dijeron á Cortés que Motezuma salía al palacio, creyó, si daba en los españoles, que todos eran perdidos, y dijoles: «Señores y amigos, Motezuma me llama; no es buena señal, habiendo pasado lo del otro día; yo voy á ver qué quiere; estad alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendaos mucho á Dios, acordaos quien sois, y quien son estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos del diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéremos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propia espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedaremos vencedores, pues habremos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas.» Respondieronle: «Haremos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben; ca menos estimamos la muerte que nuestro honor.» Con esto se fué Cortés á Mo-

tezuma, el cual le dijo: «Señor capitán, sabed que ya tenéis naves en que poderos ir; por eso, de aquí adelante cuando mandáredes.» Respondióle Cortés: «Señor muy poderoso, en teniéndolos hechos yo me iré.» «Once navios, dice Motezuma, están en la playa á par de Cempoallán, y presto tendré aviso si los que en ellos vienen han salido á tierra, y entonces sabremos qué gente es y cuánta.» «¡Bendito sea Jesucristo, dijo Cortés, y doy muchas gracias á Dios por las mercedes que nos hace á mí y á todos estos hidalgos de mi compañía!» Un español saltó á decirlo á los compañeros, y todos ellos cobraron esfuerzo. Alabaron á Dios, y abrazáronse unos á otros con muy gran placer de aquella nueva. Estando así Cortés y Motezuma, llegó otro correo de á pie, y dijo cómo estaban ya en tierra ochenta de caballo y ochocientos infantes y doce tiros de fuego; de todo lo cual mostró la figura, en que venían pintados hombres, caballos, tiros y naos. Levantóse Motezuma entonces, abrazó á Cortés, y dijole: «Ahora os amo más que nunca, y quíerome ir á comer con vos.» Cortés le dió las gracias por lo uno y por lo otro. Tomáronse por las manos, y fuéronse al aposento de Cortés, el cual dijo á los españoles no mostrasen alteración, sino que todos estuviesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al Señor con tales nuevas. Motezuma y Cortés comieron solos, con gran regocijo de todos; unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irían los que no podían ver en su tierra. Á Motezuma le pesaba, según dicen, aunque no lo mostraba; y un su capitán, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así tendría menos que matar en los que venían, y no dejase juntar unos con otros; y porque aquellos no osarían llegar, muertos éstos. Con esto llamó Motezuma á consejo muchos señores y capitanes; propuso el caso, y el parecer de aquel capitán. Diversos votos hubo en ello; pero al cabo concluyóse que dejasen llegar á los españoles que venían, pensando que cuantos más moros más ganancia, y que así

matarían más y á todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad, se tornarían los otros á las naos, y no podrían hacer el sacrificio de ellos que sus dioses querían. Con esta determinación pasaba Motezuma cada día con quinientos caballeros y señores á ver á Cortés, y mandaba servir y regalar á los españoles mejor que hasta entonces, pues habían de durar poco.

**De cómo Diego Velázquez  
envió contra Cortés á Pánfilo de Narváez con mucha gente**

Estaba Diego Velázquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto, que poco ó ninguno había hecho, cuanto por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas de él porque no le había dado cuenta ni parte, como á teniente de gobernador de Cuba, de lo que había hecho y descubierto, sino enviádola á España al rey, como si aquello fuera mal hecho ó traición; y donde primero mostró la saña, fué en sabiendo que Cortés enviaba el quinto y presente, y las relaciones de lo que tenía descubierto y hecho, al rey y á su consejo, con Francisco de Montejo y con Alonso Fernández Portocarrero en una nao; ca luego armó una ó dos carabelas, y las despachó corriendo á tomar la de Cortés y lo que llevaba; y en una de ellas fué Gonzalo de Guzmán, que después fué teniente de gobernador en Cuba por su muerte; mas como se detuvieron mucho en aprestarla, ni la tomaron ni vieron, y después, como cuanto más prósperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto más le creciese la saña y malquerencia, no hacía sino pensar cómo deshacer y destruirle. Estando pues en este pensamiento, avino que llegó á Santiago de Cuba Benito Martín, su capellán, que le trajo cartas del Emperador y el título de Adelantado, y cédula de la gobernación de todo lo que hubiese descubierto, po-

blado y conquistado en tierra y costa de Yucatán, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de Méjico á Cortés, cuanto por el dictado y favores que el rey le daba; y así, trajo luego esta armada, que fué de once naos y siete bergantines, y de nuevecientos españoles, con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narváez que viniese capitán general de ella y su teniente de gobernador; y porque más afna partiese, anduvo él mismo por la isla, y llegó á Guaniguanico, que es lo postrero de ella al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velázquez á Santiago y Pánfilo de Narváez á Méjico, llegó el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de Santo Domingo, en nombre de aquella chancillería y de los frailes jerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, á requerir, so graves penas, á Diego Velázquez que no enviase, y Pánfilo que no fuese contra Cortés, ca sería causa de muertes, guerras civiles, y otros muchos males entre españoles, y se perdería Méjico, con todo lo demás que estaba ganado y pacífico para el rey. Díjoles que si enojo tenía con él y diferencia sobre hacienda ó sobre puntos de honra, que al Emperador pertenecía conocer y sentenciar la causa, y no que él mismo hiciese justicia en su propio pleito, haciendo fuerza al contrario. Rogóles, si querían servir al rey y á Dios primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen á conquistar nuevas tierras, pues había hartas descubiertas sin la de Cortés, y tenían tan buena gente y armada. No bastó este requerimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllón, para que Diego Velázquez y Narváez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinación en ellos y tan poca reverencia á la justicia, acordó irse con Narváez en la nao que vino desde Santo Domingo, para estorbar daños, pensando que lo acabaría mejor allá con él solo que no estando presente Diego Velázquez, y también por tratar entre Cortés y Narváez si rompiesen. Embarcóse con tanto Pánfilo en Guani-

guanico, y fué á surgir con su flota acerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allá á un clérigo, á Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara á los requerir que le tuviesen por capitán y gobernador; pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron á Méjico á Cortés para que se informase de ellos. Sacó luego á tierra la gente, caballos, armas y artillería, y fué á Cempoallán. Los indios comarcanos, así amigos de Cortés como vasallos de Motezuma, le dieron oro, mantas y comida, pensando que era de Cortés.

#### Lo que Cortés escribió á Narváez

Más que nadie piensa dió qué pensar esta nueva y grande armada á Cortés, antes que supiese cuya era. Por una parte holgaba que viniesen españoles, por otra le pesaba de tantos. Si venían á le ayudar, tenía por ganada la tierra; si contra él, por perdida. Si venían de España, creía que le traían buen despacho; si de Cuba, temía guerra civil con ellos. Parecía que de España no podían venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas, y que debía de venir allí Diego Velázquez, y después de sabido, tuvo otro tanto que pensar, porque le cortaban el hilo de su prosperidad y le atajaban los pasos que traía en calar los secretos de la tierra, las minas, la riqueza, las fuerzas, los que eran amigos de Motezuma ó enérganos; estorbábanle de poblar los lugares que comenzado tenía, de ganar amigos, de cristianar los indios, que era y debía ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del rey y á provecho de nuestra nación. Temía que por desviar un inconveniente se le podían seguir muchos; si dejaba llegar á Méjico á Pánfilo de Narváez, capitán que venía de aquella flota por Diego Velázquez, estaba cierta

su perdición; si salía contra él, la revuelta de la ciudad y la libertad de Motezuma, y ponía en condición su vida, su honra, sus trabajos, y por no venir á estos extremos, arriñóse á los medios. Lo primero que hizo fué despachar dos hombres, uno á Juan Velázquez de León, que iba á poblar á Coazacoalco, para que luego, en viendo su carta, se tornase á Méjico, y dióle noticia de la venida de Narváez, y de la necesidad que había de él y de los ciento y cincuenta españoles que consigo llevaba. El otro á la Veracruz á traerle razón enteramente y cierta de la llegada de Pánfilo, y qué buscaba y qué decía. El Juan Velázquez hizo lo que Cortés le escribió, y no lo que Narváez, que como á cuñado suyo, y deudo de Diego Velázquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á Méjico veinte españoles con aviso de lo que Narváez publicaba, y llevaron presos un clérigo y á Alonso de Guevara y á Juan Ruiz de Vergara, que habían ido á la villa por amotinar la gente de Cortés, so color que iban á requerirla con cédula del rey. Lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, con otros dos españoles, á ofrecer su amistad á Narváez, y si no la quería, á requerirle de parte del rey, y en nombre suyo, como justicia mayor de aquella tierra y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz, que estaban en Méjico, que entrase callado si traía provisiones del rey ó su consejo, y sin hacer daño en la tierra; no escandalizase ni causase males, ni estorbase la buena ventura que allí tenían los españoles, ni el servicio del Emperador, ni la conversión de los indios; y si no las traía, que se tornase y dejase en paz la tierra y la gente. Mas poco aprovechó este requerimiento ni las cartas de Cortés y regimiento. Soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile á Narváez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenía cómo se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno, por el conocimiento viejo

que entre ellos había, y que se viesen solos si mandaba, para dar orden cómo no hubiese guerra ni muertes ni enojo entre españoles y hermanos, porque si traía provisiones del rey y se las mostraba á él ó al cabildo de la Veracruz, que se obedecerían, como era justo, y si no, que tomarían otro buen asiento. Narváez, como venía tan pujante, nada ó muy poco curaba de aquellas cartas ni ofertas ni requerimientos de Cortés, y porque Diego Velázquez, que le enviaba, estaba mal enojado é indignado.

Lo que Pánfilo de Narváez dijo á los indios y respondió á Cortés

Pánfilo de Narváez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitán y señor; que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en Méjico, que eran sus mozos, y que él venía á cortarle la cabeza y á castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre. Ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de ligeros ó medrosos; con esto le servían y acompañaban, y dejaban á los de la Veracruz. También se congració con Motezúma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey; que era hombre bandolero y codicioso, que le robaba su tierra y le quería matar para alzarse con el reino, y que él iba á soltarle y á le restituir cuanto aquellos malos le habían tomado; y porque á otros no hiciesen semejantes daños y maltratamiento, que los prendería y mataría ó echaría en prisión; por eso, que estuviere alegre, pues presto se verían, y no había de hacer más de restituirle en su reino y tornarse á su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decía públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parecían muy mal á los de su ejército; y muchos no las

podieron sufrir sin afeárselas, especial Bernaldino de Santa Clara, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le dió una buena reprehensión, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllón, y le mandó, so gravísimas penas de muerte y perdimiento de bienes, que no dijese aquello ni fuése á Méjico; que sería grandísimo escándalo para los indios y desasosiego para los españoles, deservicio del Emperador y estorbo del bautismo. Enojado de ello Pánfilo, prendió al licenciado Ayllón, oidor del rey, y á un secretario de la Audiencia y á un alguacil. Metiólos en otra nao, y enviólos á Diego Velázquez; mas él se supo dar tan buena maña, que, ó sobornando los marineros ó atemorizándolos con la justicia del rey, se volvió libremente á su chancillería, donde contó cuanto le aviniera con Narváez á sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velázquez y mejoró los de Cortés. Como prendió Narváez al licenciado, luego pregonó guerra á fuego, como dicen, y á sangre contra Cortés; prometió ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase á Cortés y á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, y á otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropa á los suyos, haciendo mercedes de lo ajeno. Tres cosas fueron estas harto livianas y fanfarronas. Muchos españoles de Narváez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllón, ó por la fama de la riqueza y franqueza de Cortés; y así, Pedro de Villalobos y un portugués y otros seis ó siete se pasaron al Cortés, y otros le escribieron, á lo que algunos dicen, ofreciéndosele si venía para ellos; y que Cortés leyó las cartas, callando la firma y nombres de cuyas eran, á los suyos; en las cuales los llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y á quitarles la hacienda y tierra. Unos cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro que envió de secreto al real de Pánfilo de Narváez con un su criado, y que

publicaba tener en Cempoallán doscientos españoles. Todo pudo ser, ca el uno era tibio y descuidado y el otro era cuidadoso y ardía en los negocios. Narváez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo sustancial de la carta era, que fuéase luego, vista la presente, adonde él estaba, que traía y le quería mostrar unas provisiones del Emperador para tomar y tener aquella tierra por Diego Velázquez, y que ya tenía hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores. Tras esta carta envió á Bernaldino de Quesada y á Alonso de Mata á le requerir que saliese de la tierra, so pena de muerte, y notificarle las provisiones; mas no se las notificaron, ó porque no las llevaban, que fuera poco sabio si de nadie las confiara, ó porque no les dieran lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del rey no siéndolo ó no mostrando el título.

#### Lo que dijo Cortés á los suyos

Viendo pues Cortés que hacían poco fruto las cartas y mensajeros, aunque cada día iban y venían de Narváez á él, y de él á Narváez, y que nunca se habían visto ni mostrado las provisiones del rey, acordó verse con él, que barba á barba, como dicen, honra se cata, y por llevar el negocio por bien y buenos medios, si posible fuese; y para esto despachó á Rodrigo Álvarez Chico, veedor, y á Juan Velázquez y Juan del Río, que tratasen con Narváez muchas cosas. Pero tres fueron las principales: que se viesen solos ó tantos á tantos; que Narváez dejase á Cortés en Méjico, y él se fuese con los que traía, á conquistar á Pánuco, que estaba en paz, con personas de allá muy principales que tenía, ó á otros reinos; y Cortés, que pagaría los gastos y socorrería los españoles que traía, ó que se estuviese Narváez en Méjico, y le diese á Cortés cua-

trocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos él se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que del rey traía, y las obedecería.

Narváez no vino á ningún partido, solamente al concierto de que se viesen con cada diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres; mas no se efectuó, porque Rodrigo Álvarez Chico avisó á Cortés de la trama que Narváez urdía para le prender ó matar en las vistas. Como entendía en el negocio, entendió la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no quería mal á Cortés. Deshechos los conciertos, determina Cortés ir á él con decir: «Algo será.» Primero que se fuéase habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuánto él por ellos y ellos por él habían hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces; dijo cómo Diego Velázquez, en lugar de les dar las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pánfilo de Narváez, que era hombre recio y cabezudo, por lo que habían hecho en servicio de Dios y del Emperador, y porque acudieron al Rey como buenos vasallos, y no á él, no siendo obligados, y que Narváez les tenía ya confiscados sus bienes, y hechas mercedes de ellos á otros, y los cuerpos condenados á la horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todos hacía; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos, siendo tales y tan buenos, querrían disimular y dejar sin el castigo que merecían, y aunque la venganza él y ellos la debían dejar á Dios, que da el pago á los soberbios y envidiosos, que le parecía no dejasen á lo menos gozar de sus trabajos y sudores á otros, que con sus manos lavadas venían á comer la sangre del prójimo, y que descaradamente iban contra otros españoles, levantando los indios que los servían como amigos, y urdiendo guerras muy peores que las civiles de Mario y Sila, ni que las de César y Pompeyo, que turbaron el imperio romano; y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar á Méjico,

pues era mejor Dios os salve que no quién está allá; y que si eran muchos, que valía más á quien Dios ayuda que no quien mucho madruga, y que buen corazón quebranta mala ventura, como el suyo de ellos, que estaba pasado por el crisol, después que con él seguían las armas y guerra; asimismo que de los de Narváez habfa muchos que se pasarían á él, por eso que les daba cuenta de lo que pensaba y hacia, para que los que quisiesen ir con él, que se aperciesen, y los que no, que quedasen mucho en buen hora á guardar á Méjico y á Motezuma, que tanto montaba. Hizoles también muchos ofrecimientos si con victoria tornaba. Los españoles dijeron que como él ordenase así lo harían. Mucho les indignó con esta plática, y á la verdad temían la soberbia y ceguedad de Pánfilo de Narváez, y por otra parte á los indios, que ya tomaban alas con ver disensión entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros.

#### Ruegos de Cortés á Motezuma

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mismo, habló á Motezuma, por ir sin menos cuidado y por saber lo que había en él, y dijole semejantes razones que estas:

«Señor, conocido tenéis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y á mis compañeros haréis, cuando nos vamos, muy crecidas mercedes. Pues ahora os suplico me las hagáis en estaros siempre aquí, y miréis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo, con el oro y joyas que les queda y que vos nos disteis; ca yo me parto á decir á aquellos que poco há llegaron en la flota, cómo vuestra alteza manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo á vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que se estén

en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar y nos ir, como es la vuestra voluntad y merced; y si entre tanto que voy y vuelvo, algún vuestro, de mal criado ó necio ó atrevido, quisiere enojar á los míos que en vuestra guarda quedan, mandaréisles que estén quedos.»

Motezuma prometió de hacerlo así; y le dijo que si aquellos eran malos y no hacían lo que les mandase, que se lo avisase, y él le enviaria gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si quería, le daría guías que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaría que le sirviesen por el camino y mantuviesen. Cortés le besó las manos por ello. Agradecióselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática. Mas no conoció de lo que entendía, ó porque aún no le habían dicho nada de parte de Narváez, ó porque disimuló gentilmente, holgando que unos cristianos á otros se matasen, y creyendo que por allí tenía más cierta su libertad, y se aplacarían sus dioses.

#### La prisión de Pánfilo de Narváez

Estaba tan bienquisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querían ir con él; y así, pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron doscientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Juan Velázquez de León. Dejó á los demás, que serían otros doscientos, en guarda de Motezuma y de la ciudad. Dióles por capitán á Pedro de Alvarado. Dejóles la artillería y cuatro fustas que había hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente á que Motezuma no se les fuese á Narváez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles y con ocho ó nueve caballos que tenía, y muchos indios de servicio. Pasando por Chololla y Tlaxcallán fué



bien recibido y hospedado. Quince leguas, ó poco menos, antes de llegar á Cempoallán, donde Narváez estaba, topó dos clérigos y á Andrés de Duero, su conocido y amigo, á quien debía dineros, que le prestó para acabar de fornir la flota, que venían á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narnáez, y á entregarle la tierra y fuerzas de ella; donde no, que procedería contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecución de muerte; y si lo hacía, que le daría sus naos para irse, y le dejaría ir libre y seguramente con las personas que quisiese. Á esto respondió Cortés que antes moriría que dejarle la tierra que había él ganado y pacificado por sus puños é industria, sin mandamiento del Emperador; y si á gran tuerto le quería hacer guerra, que se sabría defender; y si vencía, como esperaba en Dios y en su razón, que no había menester sus naves, y si moría, mucho menos. Por eso, que le mostrase las provisiones y recaudo que del Rey traía; porque, hasta primero verlas y leerlas no aceptaría partido ninguno; y pues no se las había mostrado ni mostraba, que era señal como nó las traía ni tenía; y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con Dios á Cuba, si no, que le prendería y enviaría á España con grillos, al Emperador, que lo castigase como merecían sus deservicios y alborotos; y así, con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poderes y mandamiento suyo, á requerirle que se embarcase y no escandalizase más los hombres y tierra, que á más andar se le levantaban, y se fuese antes que más muertes ó males se recreciesen; donde no, que para el día de pascua de Espíritu Santo, que era de allí á tres días, sería con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mofó reciamente de Cortés, que con tan poca gente venía haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Juan Velázquez de León, y Juan de Río y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopete-

ros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de caballo; y aun díjoles: «¿Cómo os defenderéis de nosotros, si no hacéis lo que queremos?» Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortés, y lo mismo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballos, y jugó la artillería, para atemorizar los indios; por el cual temor el gobernador que allí cerca tenía Motezuma le dió un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho. Narváez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje á Motezuma y á los caballeros de Méjico, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decían que Cortés venía cerca, salía á correr el campo, y el día de Pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba. Mas, como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traía, le burlaban, y tornóse á su real casi ya de noche, y durmióse. Mas, por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Cempoallán, á Gonzalo de Carrasco y Alonso Hurtado. Cortés anduvo el día de Pascua más de diez leguas á gran trabajo de los suyos. Poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para que prendiese á Narváez, ó matase si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía con que lo hiciese. Los corredores de Cortés, que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narváez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenía repartido Pánfilo de Narváez el aposento, gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fué á más correr, y entró por el patio del aposento de Narváez, diciendo á voces: «Arma, arma, que viene Cortés.» Á este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creían. Cortés dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró él delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media

noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narváez, estando poniéndose una cota: «Catad, señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenía Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó según otros dicen, diecisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narváez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por más que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y arrastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» Él le respondió: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los más principales de su hueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron diez y seis de la parte de Narváez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasión los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el ar-

tillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narváez, que tanto mal había dicho de él, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velázquez, que venía por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nación; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

#### Mortandad por viruelas

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velázquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narváez, y muchas vidas de indios que murieron, no á hierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narváez salió á tierra, salió también un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallán, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las más casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse á todos males, bañábanse con ellas, y tullíanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo.

Sobrevinóles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen